

Ciudad de México, 19 de abril de 2005

Élmer Zalá miraba el televisor sentado en el reclinable de su biblioteca. Los comentaristas profundizaban en descripciones y remembranzas históricas. Las últimas dos semanas se habían desarrollado en medio de un vértigo noticioso siguiendo la agonía y muerte de Juan Pablo II. Después de transmitir uno de los funerales más emotivos de la historia de la Iglesia, ahora daban cuenta del curso del Cónclave que daría al mundo católico un nuevo Papa.

El rito es complejo, envuelto siempre en una niebla de misticismo; más que divino, humano, recalcan los comentaristas. Los cardenales de todo el orbe no mayores de ochenta años a la muerte del Papa o en el momento de la elección estaban reunidos y debían llegar a un acuerdo. El Cónclave se estableció, como lo marca la Constitución Apostólica *Universi Dominici Gregis*, quince días después de la muerte del Santo Padre; mientras tanto, en ese periodo de espera llamado Sede Vacante, la Iglesia católica se gobernó por el principio de *nihil innovetur* bajo la observación del Colegio Cardenalicio, en el

rostro concreto del camarlengo del Pontífice fallecido. Los cardenales fueron instalados en las habitaciones del recinto vaticano *Domus Sanctae Marthae*, donde vivirían durante el tiempo necesario para elegir al nuevo Vicario de Cristo. Los electores se habían reunido en la Basílica de San Pedro para la celebración de la misa *Votiva Pro Eligiendo Papa*. La elección se llevaría a cabo en la Capilla Sixtina, donde se reunieron todos los cardenales para el solemne juramento, como era tradición.

Una vez establecido el claustro, fuera de éste quedaron a disposición de ofrecer sus servicios dos ceremonieros y dos religiosos adscritos a la Sacristía Pontificia, así como algunos sacerdotes políglotas encargados de las confesiones, dos médicos para eventuales emergencias y tantos enfermeros como los cardenales más ancianos necesitasen. Las normas, modificadas bajo el pontificado de Juan Pablo II, dictaban que el nuevo Papa ya no se elegiría *per acclamationem seu inspirationem*, es decir, por iluminación del Espíritu Santo, aclamado libre y espontáneamente por unanimidad y de viva voz; tampoco *per compromissum*, es decir, que por circunstancias particulares los electores encomendaran a un grupo reducido de ellos el poder de elegir en lugar de todos. La elección por escrutinio era la única manera actual.

Se realizaron dos votaciones cada día, además de una en la tarde en que dio comienzo el rito. Para que fuera válida la elección debía contarse con la coincidencia de dos tercios más uno de los votos. Veinticuatro escrutinios era el límite que marcaba la regla.

El encierro duraba ya dos días y cinco votaciones. Poco antes del mediodía en la Ciudad de México, los comentaristas interrumpieron la narración histórica.

De la chimenea de la Capilla Sixtina, la fumata negra, provocada por la quema de las papeletas de elección, que indicaba el no acuerdo, fue sustituida por la blanca, la que anunciaba que el nuevo Pontífice había sido electo. Poco después, desde el balcón de la Basílica Vaticana, el cardenal protodiácono ofrecía al pueblo romano reunido en la plaza de San Pedro y al mundo entero la proclama tradicional *Nutio vobis gaudium magnum: habemus Papam. Cardinale Mendi, Johannes Paulus Tertius*. El cardenal vocero dejó el balcón y de inmediato apareció el nuevo Vicario de Cristo. Las cámaras de la televisión cerraron la toma y lograron un acercamiento al rostro del Papa reciente. Hubo un silencio de cinco segundos. No hubo sorpresa: los comentaristas reconocieron la cara de Giannani Mendi. Tenían sobre sus escritorios de transmisión una bitácora de vida de cada cardenal participante en el Cónclave; cinco en particular eran las más completas, las correspondientes a los candidatos más viables, todos italianos, entre ellos el recién elegido, quien en ese momento ofrecía la primera bendición *Urbi et Orbi* de su pontificado.

Elmer Zalá también lo reconoció enseguida. Se incorporó como impulsado por un resorte. La sorpresa que lo invadió recorrió su espalda como una tiza sobre la pizarra. El corazón se le aceleró y luego dejó escapar un suspiro que lo devolvió a la vida. A Giannani Mendi lo conocía bien, a pesar de no tener contacto con él desde hacía treinta y un años. Fueron amigos en la juventud, más que amigos, hermanos, y a pesar del tiempo había algo que los unía para siempre. Carajo, el destino es impredecible, dijo y se dejó caer de nuevo en el reclinable. Cambió a la BBC y luego a la CNN. Su mano temblaba al

manipular el control remoto del televisor. Regresó a la transmisión mexicana. Ya daban datos sobre el nuevo Padre de la Iglesia, su biografía, su ideología política, su labor como cardenal y antes como obispo de Venecia. Carajo, dijo de nuevo y apagó el televisor.

Se levantó, se dirigió a la puerta y antes de salir de la biblioteca regresó la mirada al fondo de la habitación. A espaldas del sillón imperial del escritorio, en un nicho empotrado en el muro hecho a la medida, iluminada con una luz cenital que purificaba su brillo dorado, estaba la medalla que cinco años antes le otorgaron, reconociéndolo como merecedor del Premio Nobel de Literatura. Si a mí me dieron esa vaina, dijo en voz alta, que él sea Papa no debe sorprenderme. Salió de la habitación con una gran sensación de desasosiego.

Se dirigió a la cocina de su lujosa mansión del Pedregal de San Ángel y ahí encontró a Juan Arce, su secretario particular, administrador y amigo, quien también miraba la transmisión.

—¿Qué tal la noticia? —le preguntó.

—Ni qué decir, no tengo idea de quién sea Gian-nani Mendi —respondió Arce.

—Un hombre ejemplar, según los comentarios de la televisión —dijo el escritor con cierta ironía.

—Dijeron que pasó un tiempo en Argentina. Tú viviste allá. ¿Supiste de él?

—Alguna vez oí su nombre. Somos contemporáneos, los dos tenemos la misma edad —dijo sin compartir con su secretario la amistad que lo unió con el nuevo Papa.

—Setenta y cinco años. Es un Papa que va durar poco.

—Espero que no pienses lo mismo de mí —reviró Zalá.

Sin tener nada qué hacer, el laureado escritor volvió a su biblioteca. Encendió su computadora dispuesto a revisar una vez más las notas en las que trabajaba desde hacía por lo menos un año. Estuvo media hora frente a la pantalla. La certeza de saber que perdía el tiempo en ideas estériles lo sumió aún más en la depresión creativa que lo embargaba de mucho tiempo atrás. No encontraba el camino adecuado para empezar una nueva obra, nada se le ocurría y ninguna de las historias que rondaban su cabeza le parecía de interés literario.

Cuando se disponía a cerrar los archivos, de pronto el rostro de Giannani Mendi ocupó su mente. Una vez más la sensación eléctrica recorrió su espalda. Giannani Mendi, dijo en voz alta y regresó al reclinable, cerró los ojos y su memoria empezó a recordar. En esa labor estuvo varias horas.

Roma, Villa Labranza

A miles de kilómetros de distancia de Élmer Zalá, un anciano miraba el televisor. También había seguido con sumo interés el desarrollo del Cónclave y el anuncio que proclamaba como nuevo Papa a Giannani Mendi, aunque había conocido el fallo veinte minutos antes de que se diera la noticia al mundo, gracias a una llamada telefónica que salió de las entrañas del Vaticano.

El anciano era el cardenal en retiro Valentino Fragga, quien por su mala salud y avanzada edad —noventa y cinco años— se vio impedido de participar en

el Cónclave que por más de veinte años había esperado con gran ansiedad. La llamada que le dio a conocer el resultado de la elección fue de apenas unos segundos de duración. “Está hecho”, fue lo que escuchó por el auricular. El cardenal Fragga era un hombre duro y a pesar de ello no pudo evitar que sus ojos marchitos se humedecieran un poco. Tomó la fina campanilla de oro y la hizo sonar. Casi de inmediato la puerta de la habitación se abrió y un hombre vestido con un flamante uniforme de mayordomo acudió al llamado.

—¿Qué desea su eminencia? —preguntó el sirviente.

—Llévame al balcón —pidió el cardenal.

El mayordomo lo ayudó a incorporarse y le acercó la andadera de aluminio, tan resistente como liviana. La bata de seda púrpura que vestía el anciano prelado le daba el aspecto de aparición fantasmal. El rostro pálido y óseo del viejo hombre de Dios no mostraba ningún tipo de expresión. A pesar de su extremada delgadez, su cuerpo guardaba restos de la presteza y el garbo con los que por décadas enteras portó la sotana cardenalicia.

El mayordomo corrió la gruesa cortina de terciopelo de Turquía de la recámara y luego deslizó la puerta de cristal. El exterior estaba cálido y la tenue brisa nocturna revolvió el pelo del cardenal cuando éste salió a la intemperie. Avanzó tres pasos hasta quedar lo más cerca posible de la baranda de piedra del gran palacete. Su vista ya no era buena, pero aun así distinguió las formas que dibujaban los viñedos de su extensa finca y sintió un gran descanso espiritual. Su misión estaba cumplida: con la elección de Giannani Mendi como Papa el remordimiento que por años lo acompañó quedaba

conjurado. Había cumplido. El resto era esperar una muerte tranquila.

Ciudad de México

A las nueve de la noche, Élmer Zalá salió de la biblioteca y bajó al vestíbulo de su casa. Tomó su abrigo y las dos cajetillas de cigarros que estaban en la mesa junto al perchero. Desde la puerta le gritó a su secretario, quien no tardó en aparecer.

—Investiga dónde puedo localizar al nuevo Papa —ordenó Zalá.

—En el Vaticano —respondió sarcástico su administrador—. ¿Y para qué lo quieres?

—Para felicitarlo.

—Ese pobre hombre ha de estar muy ocupado. No creo que te recuerde y menos si no lo ves desde los tiempos en que viviste en Argentina.

—No dije que lo conociera, dije que alguna vez oí hablar de él —de nuevo mintió—. Y ya deja de cuestionar mis órdenes. Todo el mundo lo va a felicitar y un insignificante Premio Nobel como yo no se va a quedar atrás.

—¿Vas a tardar? —preguntó Arce desviando el tema.

—Voy a casa de Carlos.

Carlos Amaya controlaba un casino clandestino por los rumbos de Coyoacán. Su clientela era distinguida, adinerada y poderosa. Políticos e industriales los más, intelectuales, periodistas y académicos los menos, pero todos juntos formaban un grupo de elite. Y en eso consistía la invulnerabilidad del establecimiento. Zalá ya

tenía pactados la cita y a sus contrincantes: Humberto Matalí, un periodista cuyas opiniones eran respetadas y bien acogidas por la clase política; Carlos Talancón, uno de los más prestigiados corredores de arte de la ciudad, y Arturo Sigüenza, un joven y adinerado escritor que daba mucho de qué hablar por la buena factura de sus cuentos. Zalá tenía años visitando el garito por lo menos tres veces a la semana y se distinguía más por su constancia que por su buena suerte en el póker. Esa noche perdió veinte mil pesos. No se concentraba en sus cartas ni en la estrategia de sus compañeros. Su mente estaba anclada en los recuerdos amargos que le inspiraba Giannani Mendi. Su falta de interés en las acciones del juego y el hecho de haber perdido hasta el último centavo le hicieron despedirse apenas en la tierna madrugada.

Ciudad de México, 20 de abril de 2005

Élmer Zalá despertó poco después de las diez de la mañana. El fuerte sabor amargo de su boca lo obligó a escupir varias veces y un acceso de tos lo mantuvo cinco minutos ante el lavabo. Se miró en el espejo. Su rostro pálido y su pelo canoso lo hacían verse más viejo de lo que él mismo se sentía. Abrió la llave del agua caliente. Se quitó la pijama y su piel se erizó al contacto con el ambiente frío. Estuvo bajo la ducha por más de veinte minutos mientras la fuerza regresaba a su cuerpo. Salió de la regadera reconfortado y al quedar frente al espejo su mirada se clavó en las cicatrices de su pecho. Hizo un recorrido visual por su vientre, por la entrepierna, por sus testículos deformes. A diferencia de miles de ocasio-

nes anteriores, las huellas de la tortura no le dieron rabia, el rencor acumulado en treinta años desapareció como por arte de magia y en su lugar apareció de nuevo el rostro de Giannani Mendi y la idea de que el tiempo de ser compensado había llegado cuando más lo necesitaba.

En el antecomedor de la casa encontró el desayuno. Tomó el jugo de naranja con desesperación; luego dio un trago al café negro, que casi escupió del asco que le provocó. El sabor de su boca seguía acerbo. El plato de papaya picada y los trozos de jamón no le interesaron. Encendió el primer cigarrillo del día y fue a la cocina. Ahí estaba su secretario, sentado frente a la mesa de pelar.

—Buenos días —dijo Zalá.

—Buenos —repitió Arce sin dejar de consultar la libreta que tenía sobre la mesa.

Zalá abrió el refrigerador y buscó el molde con gelatina. Vació una porción en un plato y se sentó frente a Arce, quien no levantó la vista de la libreta en la que hacía anotaciones. Lo conocía bien, sabía que asumía aquella conducta indiferente cada vez que deseaba tocar temas escabrosos, particularmente los que tenían que ver con Gaby. En realidad estimaba a su empleado, quien tenía veinticinco años al servicio de la casa, primero como su asistente particular; a la muerte de Amanda, diecisiete años atrás, tomó la responsabilidad de hacerse cargo de la administración doméstica y eso incluyó a Gabriela Zalá, la única hija del matrimonio.

—El desayuno de hoy es peor que de hospital —reclamó el escritor, para no perder la costumbre.

—No sé por qué te lo sigo preparando, siempre tienes un pretexto para dejarlo en la mesa. ¿Vas a salir

hoy? —preguntó su secretario, todavía con la mirada en la libreta.

—A casa de Carlos. Voy por la revancha, anoche me trasquilaron.

—Nada nuevo —contestó con ironía.

—¿Vas a empezar? —dijo, fastidiado.

—No. Nada más te informo que hace falta plata en la chequera y debo pagar la mensualidad de Gaby, los teléfonos, el gas y el sueldo del chofer.

—Habla al banco y que hagan un traspaso a la cuenta corriente. Por ahí me apartas veinte mil pesos más para la noche.

—Ya no queda mucho en el banco.

—Háblale a Clemente y dile que deposite mis regalías.

Se levantó y antes de salir le preguntó si había conseguido la manera de comunicarse con Giannani Mendi. El número está sobre tu escritorio, contestó enfadado Arce.

El número estaba anotado en una hoja blanca. Calculó la diferencia de horario. En Roma serían las seis y media de la tarde, pensó. Intentó comunicarse. El teléfono timbró tres veces. Luego se escuchó una grabación en italiano: “Para inglés, marque 1; francés, marque 2; alemán, marque 3; polaco, marque 4; ruso, marque 5; portugués, marque 6; español, marque 7; otra lengua, marque 8.” Marcó el 7. De nuevo una grabación. “Habla a la Secretaría de Estado del Vaticano. Si desea informes sobre documentación oficial, marque 1; para protocolo sobre el correo, marque 2; para ingresar al directorio administrativo, marque 3; si desea grabar un mensaje, marque 4”. Zalá colgó. Se quedó

pensativo unos minutos y de pronto le vino el recuerdo vivo. Su entendimiento se vio nublado por las imágenes de los tres hombres que por más de veinte días se dedicaron a torturarlo, a quemar su pecho con hierros para marcar vacas, a golpear su entrepierna hasta desfallecer y a estrangular sus testículos casi hasta la castración. No pudo contenerse y marcó de nuevo el número. Apenas escuchó la orden que le permitiría grabar un mensaje dejó escapar por su boca el reclamo guardado por tres décadas, sin imaginar siquiera que aquella llamada significaría el prólogo de su muerte.

—Llama al escritor y Premio Nobel de Literatura Élmer Zalá. Deseo felicitar de todo corazón a Giannani Mendi por su reciente nombramiento y le pido que me reciba en audiencia privada para hablar de tiempos pasados, en particular los que vivimos juntos en Buenos Aires. Espero que mi petición sea atendida a la brevedad posible.

Apenas colgó el auricular ya estaba arrepentido de su atrevimiento. Sólo entonces comprendió que aquélla no fue una buena idea, no era el camino adecuado, pero ya estaba hecho. Las siguientes horas las pasó buscando una buena justificación a su imprudencia. Quiso convencerse de que el mensaje sería tomado a la ligera por los responsables de escuchar las grabaciones. Pensó en las miles de llamadas que recibían a diario y se imaginó que tal vez ni escucharían la suya, pero estaba muy equivocado.

Por la tarde su estado de ansiedad era insoportable. La desesperación le hizo concebir una nueva idea, la que terminaría por redondear su desgracia, pero no alcanzó a entenderlo a tiempo. Marcó de memoria el

número de la Curia Jesuita de la Ciudad de México y cuando le contestaron pidió una extensión específica.

—Diga —dijo una voz femenina.

—Con Aristeo Ribal —pidió Zalá con el corazón encogido, ya que era muy probable que su amigo no estuviera en la ciudad.

—¿Quién lo busca? —preguntó la mujer.

—Élmer Zalá.

Unos segundos después, con gran alivio, escuchó la voz de su amigo.

—Qué milagro que me hablas a la oficina —dijo sin transiciones Ribal.

—El milagro es que te encuentres en ella.

—Dios de vez en cuando hace milagros.

—Necesito dos favores —Zalá fue directo a lo que le interesaba.

—Tú dirás.

—Quiero el teléfono del Papa.

—Vaya, ése es un gran favor —dijo Ribal en tono de broma—. ¿Y para qué lo quieres?

—Quiero enviarle mis felicitaciones.

—Eso es sorprendente. No creí que tu fervor católico fuera tan grande.

—¿Puedes conseguirlo? —concretó Zalá.

—Puedo darte el número de la Secretaría de Estado del Vaticano, pero si te interesa enviarle una felicitación lo puedes hacer a través del portal electrónico de la Santa Sede, por Internet.

—Quisiera algo más personal.

—Déjame ver qué puedo hacer al respecto. ¿Y cuál es el otro favor?

—Tengo un asunto que consultar contigo, pero

quisiera que fuera en persona. ¿Puedes venir a casa?

—Sólo si me ofreces un buen coñac.

—Cuenta con ello. Te espero mañana a las cinco en punto.

Zalá intentó pasar el resto de la tarde leyendo en la biblioteca. Había acabado media cajetilla de cigarros cuando sonó el teléfono, la línea privada, la que sólo contestaba él.

—Hable.

—¿Qué es eso de que te deposite las regalías?
—dijo el interlocutor sin saludo de por medio. Zalá reconoció de inmediato la voz de Clemente Labra, su editor.

—Eso mismo, necesito plata.

—Tendrás que esperar a que la editorial haga corte de caja y eso no será hasta que termine el semestre
—dijo Labra.

—¿Qué hay de las regalías de Argentina, Chile, Canadá, Francia, Inglaterra, Portugal, España y el culo del diablo? ¡Carajo! Me han traducido a treinta idiomas, me leen en medio mundo y tú me dices que debo esperar al corte de caja.

—De eso tenemos que hablar, tú y yo.

—Ya. Se acabó. Hablas como si fueras mi madre.
Mi última novela...

—Sabes bien qué pasó con tu última novela —interrumpió Labra—. Ahora tengo mucho trabajo, pero te hablo mañana para vernos.

La rabieta que le ocasionó la charla con su editor descompuso aún más su ánimo. El Premio Nobel acabó con mi inspiración, pensó una vez más Zalá. No pudo

resistirse a un somero diagnóstico de su vida, algo que evitaba hacer porque el saldo no lo favorecía: su salud era mala y había tomado la decisión de no atenderse, sus ingresos cada vez eran menos, perdía mucho dinero en la casa de Carlos Amaya y, lo más doloroso e insoportable de todo, se ahogaba en el pantano de la desolación creativa. Por fortuna para él, la presencia de Juan Arce en el umbral de la puerta lo sacó a tiempo de disquisiciones más profundas. Antes de que su secretario dijera algo, el escritor se adelantó:

—¿Pediste la plata al banco?

—Sí.

—¿Te la dieron?

—Sí. —Arce le extendió un fajo de billetes—.

Nada más había diez mil pesos. —Zalá lo miró, descompuesto.

—Te pedí el doble.

—No hay más —dijo Arce mientras se retiraba.

—Espérate, esto no me alcanza.

—Hay gastos en la casa, ya te lo dije.

—La próxima semana pides más dinero y pagas lo que quieras...

—Aproveché la plata y ya pagué todo —interrumpió.

—¡Carajo! Necesito el dinero. ¿Cuánto hay en la tarjeta?

—Acabamos de pagarla, no empieces de nuevo.

—Eso lo decido yo.

—Piensa en Gaby, siempre va a necesitar...

—Ya sé cuáles son sus necesidades —gritó Zalá y dejó con un palmo de narices a su secretario.

Bajó a la planta inferior y en el recibidor ya lo es-

peraban su abrigo y dos cajetillas nuevas de cigarros. Al salir dio un portazo que cimbró la mansión entera.

Su chofer sabía muy bien cuando el patrón no estaba para charlas. No tuvo que preguntar a dónde llevarlo. El temblor en la barbilla del escritor delataba su ansiedad y sólo en casa de Carlos Amaya encontraba sosiego. Antes pasaron a un cajero automático. Zalá se bajó a efectuar el retiro. La máquina sólo le autorizó tres mil pesos.

La historia reiterada de los últimos años se repitió. No estaba concentrado. Lo blufearon por lo menos diez veces y antes de la una de la mañana había perdido el dinero. Amaya le ofreció crédito. Hoy soy capaz de perder hasta el alma, mejor mañana, dijo Zalá al levantarse de la mesa.

No vamos a la casa, le dijo al chofer, llévame al mirador. El empleado enfiló hacia Cuernavaca. No había tráfico. La autopista que serpeaba entre el bosque y el silencio que sólo era roto por el ruido del motor se prestaban para que Zalá pensara sin dificultad. El carro se detuvo en la enorme terraza de tezontle que sobresaía en una ladera de la montaña. La madrugada era fría. Dos o tres carros más se alineaban a corta distancia y dentro de cada uno se adivinaba una pareja de novios poco interesados por el espléndido panorama.

La Ciudad de México se veía a la distancia como si fuera un lago de luz palpitante. El viento le apagó tres veces el encendedor antes de lograr prender el cigarrillo. Se recargó en el cofre del auto. Se sentía acabado; cuando se concebía de tal manera, el recuerdo de Amanda se hacía presente para terminar de atizar sus remordimientos. Odiaba extrañarla sin amor, apenas con

agradecimiento tardío. La conoció al poco tiempo de su llegada a la Ciudad de México, después de su estancia de dos años en Roma, de donde regresó sin un centavo y con la amargura de no haber publicado ni un solo cuento. Entonces tenía treinta años y su único equipaje era el borrador sin esperanzas de su primera novela. Gracias a la recomendación de un amigo lo contrataron en un diario de la ciudad. El salario era poco y el trabajo agotador: la corrección ortográfica de las galeras. Ahí conoció a Amanda, una joven diligente de veinte años que servía de secretaria al jefe de la sección deportiva y que ocupaba el cubículo aledaño. Ella se enamoró apenas lo vio sentado e inmerso en las correcciones. Conforme pasaron las primeras semanas, se convenció de que podría pasar la vida entera al lado de ese hombre taciturno que gustaba hablarle de sus aspiraciones locas de escritor. La primera cita fuera del trabajo fue suficiente para ambos: el amor y el desamparo se tocaron y unos días después Amanda se mudó con él al modesto departamento que rentaba en la colonia Santa María.

—No tengo nada que ofrecerte —le advirtió.

Y era cierto. El borrador que había traído de Roma terminó en un cajón. Sin embargo las experiencias vividas en la capital italiana tomaron forma en su cabeza. A *Años de sol*, la novela que le abriría las puertas de la fama, sólo le faltaba una cosa: ser escrita.

—Quiero proponerte algo. Llevo tiempo pensándolo —le dijo un domingo después de un amor de mañana que los dejó agotados.

La propuesta parecía absurda. El trabajo no me deja tiempo suficiente para escribir. Voy a renunciar y eso nos hará más pobres de lo que somos. Hazte cargo